

Daniel Serrano García, agradeciendo a los diputados que salían su generosa colaboración y deseando a los nuevos los mejores triunfos en su gestión.

Esta sesión terminó con la intervención del gobernador civil señor Gutiérrez Durán, que disertó sobre la unidad y el deseo que se intensifique la educación en todos los niveles, por ser éste el principal escalón para el total desarrollo de la provincia. También se refirió a las reformas de las estructuras agropecuarias y a la deseable comercialización e industrialización de nuestros naturales recursos.

La nueva Corporación provincial celebró su primera sesión el 22 de Abril, presidida por don Daniel Serrano.

En la misma se acordó enviar una carta al ministro de Educación y Ciencia, señor Villar Palasí, ofreciendo la Diputación provincial hacer a su costa los trabajos de reforma y acondicionamiento del edificio de la fundación Valhondo, destinado a ser en su día sede del CEU de Filosofía y Letras de Cáceres.

En esta sesión se solicitó ayuda económica para el traslado al Museo Arqueológico de Cáceres, del mosaico encontrado en los alrededores de Monroy, acordándose donar 25.000 pesetas para dicho fin.

Aprobóse también la cuarta certificación de obras del edificio para TVE que se está construyendo en Montánchez, y el presidente da a conocer las gestiones llevadas a cabo para mejorar el edificio de colonias veraniegas de El Piornal, al que se pretende dotar de calefacción central, para habilitarlo también en invierno. Se refirió igualmente a las obras a realizar en el Colegio provincial de San Francisco, que importarán unos sesenta millones de pesetas.

La sesión plenaria del 22 de Mayo comenzó con la lectura de las comunicaciones del ministro de Trabajo, don Licio de la Fuente, dando las gracias por las atenciones recibidas de la Corporación, durante su estancia en Cáceres; otras de las autoridades de Tarragona y

Barcelona, que participaron en las Jornadas Catalanas. También se leyó una comunicación del gobernador civil, informando al pleno sobre la concesión de la subvención de la tercera fase del Sanatorio Psiquiátrico de Plasencia.

Tratóse a continuación del dictamen de la comisión de Obras Públicas, sobre el plan de caminos provinciales, presupuestado en más de cincuenta y cinco millones de pesetas. El plan, de un interés vital para la provincia, está dividido en cinco grupos subastados y adjudicados, llevarán doble riego asfáltico y prácticamente pondrán en óptimas condiciones de tránsito a todos los caminos de la provincia.

El vicepresidente, señor Camisón, presentó una moción sobre inversiones para la finca piloto Haza de la Concepción, interesándose por la adquisición de utillaje para la mejor explotación de la misma, por un importe de algo más del millón de pesetas, refiriéndose luego a las obras necesarias para su perfecto complemento, tales como desfondo y graveo, construcción de aharcas, desagües, etc., etc., por un importe total de quinientos dieciséis mil pesetas. También se refirió a la necesidad de construir un silo para el almacenamiento de forrajes. La moción se aprobó por unanimidad.

El presidente acuerda pedir la ampliación de sectores de los polígonos industriales de Cáceres y Plasencia; informó de igual modo sobre las gestiones que se realizan con vistas a la adquisición de un inmueble para instalar en él la Escuela de Artesanía.

En ruegos y preguntas, el diputado señor Gutiérrez Macías propuso que constara en acta la condolencia de la Corporación por el fallecimiento del vicepresidente de la Diputación provincial de Salamanca, señor Serna Moreno.

Finalizó la sesión con el informe referente al Matadero Figorífico de Cáceres, cuyos trabajos están considerablemente adelantados.

J. A. OLIVER MARCOS

RECCENSIONES

ALCANTARA gustosamente se ocupará, con la extensión que las circunstancias permitan, de los libros que con este fin le sean enviados.

ITINERARIO POETICO, por Eladía Morillo Velarde. Lírica Hispánica. Caracas (Venezuela), 1959.

Nos llega muy tarde este libro, pero no llega a deshora; lo que ya es decir mucho.

Vivimos tiempos en los que todo pasa a ritmo de vértigo. Creo haber leído no hace muchos días que lo que antes evolucionaba en cien años hoy cambia en cinco y, a veces, en menos. Casi todo es efímero, se aja pronto y hay que echarlo al desván, que ya ni se llama de los recuerdos porque mal puede recordarse lo que pasa tan rápido que no tiene tiempo de dejar huella.

Por eso, recibir un libro de versos a los doce años de su publicación puede llegar a ser tanto como probarse una levita o calzarse una chistera de aquellas que decían *de cien reflejos*.

De otro lado, doce años no pasan en balde en la vida de nadie y, menos, en la de un poeta. La vida destruye o enriquece, nos hace o nos deshace, nos vive o nos muere un poco cada día. Y el poeta vive su poesía y de su poesía, y puede hacerla o deshacerla, enriquecerla o destruirla...

Habíamos leído, hace doce o más años, algunos poemas de Eladía Morillo y conservábamos un delicioso recuerdo de aquellas lecturas. Temíamos ahora destruirlo con una realidad menos grata.

Abrimos el libro y empezamos a leer. Bendito sea Dios que aun permite que se escriba la poesía que no pasa; esa que no precisa de adjetivaciones ni de explicación; que no se viste de extravagancia; que no se elabora a base de erudición o literarios saberes.

Cada año hay una primavera. Es siempre igual y, sin embargo, o quizá por ello, siempre enciende la sangre y alborota el corazón. ¿Quién podría encontrar monotonía, fuera de moda o empacho en la primavera?

Pues eso es la poesía de «Itinerario Poético»: una primavera de hace doce años:

*¡Quién pudiera crecer y florecerse,
y en perfume y en lirio deshacerse,
ser el milagro germinal del día!*

Y la primavera, la poesía de Eladía Morillo, es primavera de campo extremeño, de encinas y berrocales sobre un blando y cencido posido de majadal. Tiene sencillez y ternura, corteza y migajón.

Es singular y preciosa la fidelidad de los poetas extremeños a su tierra. No la pregonan ni, menos, hacen de ella publicidad. Son mucho más elegantes que todo eso. Tienen una herencia hidalga de muy añejas ascendencias de la que nunca renegaron y que les imprime carácter.

Pero aman a su tierra y la cantan, sin nombrarla las más veces. Toda la poesía extremeña, al menos la que importa, está como transubstanciada de savia extremeña; resuenan en su meollo unos ecos indefinibles, inefables, que la caracterizan y valoran.

La sensibilidad, la femenina dulzura de Eladia Morillo hace la suya cariciosa y, muchas veces, exquisita. Acusa las lecturas bien elegidas y gustadas. Su verso juega, en ocasiones, la rica simplicidad de esas bellas canciones líricas de tradición anónima que enjoyaron las *prosas* de Gil Vicente:

Se fue la primavera.
Preguntad por la espiga a los trigales.
Mira madre
tu gaviota qué lejos da su cauce.
Si se la llevó el agua...
Si se la llevó el aire...

.....
.....
Tres hojitas, madre, tres.
La canción estaba verde
de la cabeza a los pies.

Es una pura delicia el verbo limpio y lleno de frescura de este «Itinerario Poético». Tiene aromas de poleos y mejorana, transparencias de regato y sonos de cencerilla;

El sol muere en los tejados
pero tú, amor, no te mueras...
¡Qué pena dará morir
en primavera!

Las nubes se van al aire,
porque el aire se las lleva...
pero tú, amor, no te vayas
como ellas.

Hoy que las caras se estucan y pintarrajean, que los ritmos se descomponen y los cuerpos se descoyuntan, todo a la moda de Hotentocia, la lectura de estos versos son un sedante deleitoso que sosiega y enamora.

Todo análisis frío y preceptivo de estos poemas sería pecado contra naturaleza, porque en ellos todo es natural y espontáneo, sencillo y fragante, limpio y verdadero.

El hombre puede crear un jardín, pero sólo eso.

Eladia Morillo Velarde ha hecho campo con la vara mágica de su poesía. Y campo extremeño, nada menos.

* * *

VILLANCICOS, por Fernando Bravo.
Madrid, Diciembre, 1970. Artes Gráficas de T. P. A.

Fernando Bravo es un hombre que, como él gusta decir «vive poéticamente, pero no de la poesía... y por eso vive».

Y tiene toda la razón. Porque es verdad lo que dice y porque se nos antoja que vivir de la Poesía es tanto como prostituirla y ponerla al punto.

Fernando Bravo podría tener publicados varios libros de buenos poemas y no tenía ninguno. Este es el primero y Dios quiera que no sea el último. Su tozudez, su sencilla y desinteresada humanidad, su despreocupación por todo lo que suene a fama y nombradía le han dejado inédito, hasta ahora, para el libro.

Jesús Delgado Valhondo, él y yo, con el fallecido Tomás Martín Gil, fundamos esta revista, ¡cuántos años ya!, y la hemos cuidado y salvado de no poca *moribundia*. De los tres, él fue quien más tempranamente empezó a escribir versos y compuso un libro, «Lira agraz», que está tan inédito como el primer día.

Luego ha escrito numerosos poemas espléndidos de forma y contenido que andan por ahí dispersos en revistas y algunas antologías, como que son hijos de quien no ha hecho otra cosa que despararramar su vida y darla generosamente a manos llenas. Ya dijimos al principio que es bien cierto eso de que vive poéticamente.

Para dar a la luz éste que comentamos ha tenido que engañarse a sí mismo y con el pretexto de hacer una felicitación de Navidad con la que obsequiar a los amigos, ha compuesto con doce villancicos un precioso tomito hecho a su imagen y semejanza: sencillo y humilde en la apariencia, dulce y sabroso en la almendra escondida.

Así lo recibimos en su día, con una fraternal dedicatoria de puño y letra de este entrañable amigo a quien queremos mucho.

Fernando Bravo es hombre de arraigada fe, bueno por naturaleza y festejado por las musas. Por fuerza sus villancicos tenían que estar llenos de amor, ternura y gananía:

La rosa ofrenda su olor,
al propio Dios que la envía.
Y la Virgen distraía
la angustia del gran dolor
con su alegría.
¡Alegría!

Como es muy conocedor y admirador de los clásicos, que con inimitable acierto cantaron el misterio de la Natividad, es natural que alguno de estos villancicos trasciendan a Góngora, a Lope...

Si tu alegría
la pena del hombre muda,
si tu sonrisa
es de Dios la gracia pura,
di, ¿por qué lloras, galán,
siendo Tú del cielo espuma?

Pero los de Fernando Bravo tienen casi siempre presencia o halo pasionista; su aleluya transluce indefectiblemente el dolor de la Cruz. Ciertamente esto lo sintieron también los clásicos pero en los de nuestro hermano poeta hay, o vemos nosotros, más angustiada sinceridad. Quizá es que Fernando Bravo es muy extremeño y esta tierra parece más hecha para el dolor que para el gozo:

Tiemblan las pajas del lecho.
La Muerte llegó temprano,
no era su hora y se fue.
Dio al Niño un beso en el pecho,
le dio un beso en cada mano
y otro beso en cada pie.
Y se fue.

(Estaba el amor en vela.
Y la Cruz de centinela)

Hasta el ruinoso portal
la Muerte llegó... y se fue.
Se pregunta de esta suerte
entristecido José:

— Si mi Niño es inmortal
¿a qué ha venido la Muerte?
¿A qué?

Esto y tanto más son los Villancicos de Fernando Bravo, un poeta nuestro, y de todos, que tiene una voz honda y rica y un corazón así de grande.

SORIA Y CACERES, MIS AMORES (Antología poética), por Arsenio Gállego. Imprenta Aldecoa, S. A. Burgos, 1971.

Este que vamos a comentar es un caso insólito: el de un poeta que no publicó nunca un poema; que no leyó jamás un poema suyo a nadie y que, al morir, dejó escritos ciento setenta y cinco gruesos volúmenes de poesías.

No nos lo han contado, lo hemos visto y vivido durante muchos años. Fuimos desde los catorce alumno suyo y, hasta su muerte, amigo muy querido del Maestro y de su esposa, doña Mercedes Cantero, con la que también lucramos inolvidables enseñanzas.

Nunca conseguí que me leyera ni un verso y Dios sabe cuanto le porfí para que lo hiciera. Sólo después de muerto tuve el doloroso y placentero, a la vez, privilegio de espigar en aquella abundantísima cosecha unos pocos poemas con los que componer esta Antología que hoy comentamos. No fui yo solo en la tarea, en la que trabajaron otros amigos del poeta muerto, pero aunque hubiéramos sido muchos más y más sabidores ni aunque se hubiera hecho con más tiempo y reposo hubiera sido posible lograrla a nuestra entera satisfacción.

Son más de siete mil sonetos, trece mil canciones y cientos de romances, cuentos, epigramas, semblanzas y... qué sé yo

Escribió, por lo menos, un poema diario y los tiene fechados desde 1906, que yo sepa. Increíble.

El Maestro Gerardo Diego abre esta publicación con un prólogo hermoso y conmovedor que nos incapacita para añadir nada que no resulte vulgar y para poco respecto del comentario de la poética de don Arsenio. Pero Gerardo Diego no le conoció y nosotros sí, y muy de cerca y entrañablemente. Sólo ese privilegio nos permite poder decir algo más, siquiera sea con las limitaciones de que somos conscientes.

Ya hemos anticipado que el poeta escribía diariamente. Y como acostumbraba a fechar sus poemas, podemos comprobar la frecuencia con que cerraba dos y hasta tres composiciones en un mismo

día. Esto explica las imperfecciones de concepto de algunas de sus poesías, que hubiera podido corregir fácilmente de no haber sido por la natural impaciencia que acusa su apresurado hacer.

Porque don Arsenio era gran conocedor de las reglas del arte, versificador fácil y atento lector de los mejores poetas, pero necesitaba cantar sin tregua, como el jilguero que tiene a la hembra incubando, sin preocuparse por si algún arpegio roza una nota o un agudo no alcanza la altura debida.

Sus poemas ignoran la rigurosidad ornamental y tienen la impresionante belleza de lo natural, con todas sus agresivas imperfecciones e inevitables aciertos.

Don Arsenio era de Soria -- tierra a la que no olvidó nunca aunque amaba entrañablemente a Cáceres, donde vivió lo mejor de su vida -- poeta por naturaleza y compañero de claustro, en Baeza, de Antonio Machado. Por fuerza tenía que acusar estas circunstancias que están, en mucha parte, evidentes en su poética. Gerardo Diego lo estudia muy bien y lo analiza de modo insuperable. El poeta no supo callarlo y lo dijo con mucho gracejo y sencilla, espontánea humildad:

Tres cantores tiene Soria
y los tres son catedráticos,
dos son tenores
y el otro bajo.

El bajo es del país,
los otros dos son foráneos:
uno andaluz, don Antonio
Machado;

el otro es un modernista
santanderino, Gerardo
Diego. No importa
cómo se llama el paisano.

Pienso si la amistad con Machado y la gran admiración que por él sentía no serían gran parte a acentuar esta singularidad de poeta vergonzante de don Arsenio.

Era, indudablemente, un tímido. Su menuda figura y acentuada miopía quizá le hicieron sentirse disminuido alguna vez ante los demás y, metido en sí mismo, refugiarse, recrearse en la poesía, y tenía que verse luego ante un gigante como

Machado para sentirse otra vez chiquitito y sin ángel. Tanto se recogió en sí mismo, que ni al tan admirado don Antonio confesó nunca que escribía versos.

En otro, que no hubiera sido don Arsenio, estas circunstancias le hubieran hecho amargo y rencoroso, envidioso y mordaz. Pero él era un alma noble y, siendo hombre de muchos saberes y hondos sentimientos, se resignó a lo que creyó su pequeñez y hasta se complació con ella, tanto, que no quiso exponerla nunca ante los demás siempre temeroso de que le hicieran menosprecio.

Sólo se ufana -- quién no lo haría -- de su amistad con el gran poeta, de haber convivido y soñado junto a él:

Baeza, Guadalquivir.
Tu campiña de olivares
paso a paso recorrí.

Allí viví con Machado
horas de mi juventud
gozoso e ilusionado.

En su Instituto rural
éramos dos profesores
con un común ideal.

El gigante, yo pigmeo
soñábamos, yo en la tierra,
él a la altura del cielo.

¡Campos de Urbión y Moncayo
en los campos de Baeza
mil veces os evocamos!

Y, como véis, lo hace siempre achicándose, como para no hacer sombra al Maestro; cediendo, incluso, de su propia originalidad para componer al estilo del poeta admirado.

Es difícil hacer el estudio de más de sesenta años de la vida de un poeta tan prolífico. Resulta superior a nuestras fuerzas y al espacio de que disponemos en esta sección. El lector atento deberá hacerlo por sí mismo.

Sólo nos resta añadir que el libro está presentado muy cariñosamente por don Daniel Serrano, sucesor del poeta en la cátedra de Matemáticas del Instituto cacereño y, su edición, preparada y cuidada por su también compañero y amigo, Dacio Rodríguez Lesmes, quizá el único a quien don Arsenio leyó alguna de sus composiciones.

Todos han contribuido con mucho amor y buen gusto a que esta obra tenga la cuidada y digna presentación que, ciertamente, merecía.

JOSÉ CANAL

EL SEPULCRO DE SANTA EULALIA DE MERIDA, por José Bueno Rocha. Revista de Estudios Extremeños, tomo XXVI-III, Badajoz 1970.

Dentro de la siempre escasamente conocida historia antigua de la región extremeña, la época de la conquista romana y del Imperio es la que ha tenido siempre más cultivadores, escaseando en cambio mucho los que se han dedicado al período paleocristiano -- que para la crítica histórica no empieza hasta el siglo III avanzado -- y el visigodo. Y esto sin importar que, por pocas fuentes que poseamos de estos últimos, son más en número que las de la Roma pagana, las cuales se limitan prácticamente a las noticias de los geógrafos y las menciones de los Itinerarios. José Bueno Rocha ha tenido el acierto de elegir esta parcela escasamente cultivada y por tanto llena de misterios en nuestra historia, misterios que si las fuentes escritas ya no van seguramente a desvelárnoslos, sí podría hacerlo la Arqueología cuando unas excavaciones de suficiente envergadura sean practicadas en los sitios adecuados.

De estos sitios, ninguno más idóneo que Mérida y sus alrededores, porque si esta ciudad fue un emporio cívico en los primeros siglos de la Era, continuó siendo mucho tiempo después hasta su gran decadencia bajo los árabes y después de la Reconquista. No cabe duda que Mérida fue también un emporio cristiano de la mayor importancia en la Hispania premedieval. Su tradición arranca de la propia época apostólica, en que sabemos implícitamente que el propio San Pablo echó los cimientos de la primera cristiandad. Pero sobre todo le dio fama indeleble en toda la península hispánica el martirio de la famosa virgen Eulalia, figura legendaria del Cristianismo espa-

ñol. Hay que ponderar la resonancia que este hecho despertara quizás en toda la Cristiandad. Marco Aurelio Clemente Prudencio, el insigne poeta zaragozano cantó en hermosos versos el testimonio de la invicta niña emeritense; los relatos de su martirio, de fondo verídico, se fueron enriqueciendo con leyendas y el arraigo y veneración popular de esta simpática figura fue tan grande que, al existir en Barcelona una mártir homónima, la fantasía popular la adornó con todas las virtudes y vicisitudes martiriales de la emeritense. La catedral de Barcelona está enjoyada con relieves de esta otra Santa Eulalia, de la que no hay verdadera constancia histórica, pero que goza de una robusta tradición, seguro reflejo de la figura celebrísima en el otro extremo de España.

José Bueno Rocha, cuyo fino instinto arqueológico le ha llevado a localizar y estudiar hasta donde los escasos medios de que disponemos lo permite, varios yacimientos paleocristianos -- citemos la ermita cacereña de Santa Olalla -- en este trabajo que comentamos ha tocado el tema eulaliano en su ubicación principal; es decir, en Emérita Augusta, población donde la mártir dio su vida. La Olalla cacereña (suponemos que todos los cultos lectores sabrán que la palabra «Olalla» es la versión romance de Eulalia) le ha llevado a la santa emeritense y a los múltiples problemas históricos que presenta en primer lugar, el sitio de su martirio; en segundo el de su sepultura o sepulturas sucesivas; en tercero, el de las diferentes iglesias o basílicas que el correr de los siglos ha tenido siempre dedicadas esta niña extremeña cuya devoción ha impregnado diecisiete siglos de historia de estas comarcas, a través de invasiones y guerras de vándalos, suevos, visigodos, árabes y bereberes. Tan tremendo impacto produjo en el pueblo español su martirio.

Bueno Rocha maneja las escasas fuentes (casi reducidas a solo dos: el poema de Prudencio y la obra de los «Padres emeritenses», de los siglos IV y VII respectivamente), con atinada perspicacia y las yuxtapone a los relatos anteriores ya eruditos y a los datos arqueológicos.

Estos últimos, los únicos que algún día nos pueden dar luz sobre los variados enigmas que presenta la proyección histórica de Eulalia, están por desgracia ahora enmascarados por las construcciones que a lo largo del tiempo se han ido acumulando en la basílica eulaliana de Mérida y sus alrededores; y no serán desvelados hasta que una excavación de altos vuelos, hecha sin destruir la actual fábrica, lo cual es perfectamente posible, nos suministre los vestigios de la primitiva basílica constantiniana y quizás el auténtico sepulcro de la santa.

Con José Bueno creemos que el lugar del martirio nada tiene que ver con el de la sepultura. No es lógico que los primeros devotos de la santa en plena clandestinidad pudieran elegir sitio para el depósito de sus restos. También lo más probable es que estos restos ocuparan diferentes sitios hasta su traslación definitiva hasta la primera basílica edificada durante la paz de Constantino. El autor se extiende también en consideraciones acerca del «Coemeterium maior» que sin duda se formó alrededor del sepulcro de Eulalia y donde reposaron las más conspícuas figuras de la iglesia emeritense.

Hay que alabar el método analítico rigurosamente científico que emplea José Bueno al avanzar paso a paso por terrenos históricos inseguros, de los que sabemos muy poco o nada, el conocimiento que muestra de las costumbres primitivamente cristianas, avalada con importantes citas y la prudencia con que establece las once conclusiones provisionales con que resume su estudio. Todas estas conclusiones las suscribiríamos en principio nosotros, sin más variación que suponer que la definitiva ruina y abandono de la primitiva basílica no tuvo lugar cuando la invasión de Mussa ben Nasseir, respetuoso, como todos los árabes, con la religión del vencido, sino más bien en las invasiones africanas de los siglos XI y XII, cuando el fanatismo de

los hijos del Desierto hizo estragos en las cristiandades mozárabes. El error común a todos los hallazgos de imágenes o reliquias cuando la reconquista, fue suponer que estos sacros vestigios fueron escondidos cuando la invasión musulmana del siglo VIII. Error que se manifiesta al comprobar que todas estas imágenes son de carácter románico o prerrománico y de ninguna manera se las puede datar en el siglo VIII (caso de la de Guadalupe y muchas más), ni por supuesto en los tiempos apostólicos como quieren las leyendas, sino en el siglo XI. Hasta esta fecha los mozárabes vivieron en relativa paz y libertad, conservando en gran parte sus iglesias y sus obispos. Hay que suponer que otro tanto sucedió en Mérida, donde se cita un obispo en el siglo X, como también lo hubo en Toledo. Sin embargo es indudable que las invasiones, tanto de los bárbaros como de los árabes, produjeron destrozos y mutilaciones. También debe de ser cierto que los elementos cristiano-visigodos que huyeron de Mérida a Galicia cuando la invasión de Musa, llevaron consigo las reliquias de Santiago Apóstol a Compostela, y al aparecer más tarde allí dieron lugar a la fuerte tradición del sepulcro de Santiago en Galicia.

Este trabajo de José Bueno, que fue presentado al II Congreso de Estudios Extremeños de Badajoz, con sus 39 páginas y enriquecido con 2 mapas, puede ser una piedra angular para la reconstrucción de la historia cristiana emeritense, cuyo abandono hasta la fecha es un imperdonable dejamiento, como en general todo el mal trato que ha recibido Mérida por parte de la España cristiana. El restablecimiento de la diócesis emeritense, tan pedida por la intelectualidad extremeña, podía ser un paso para el remedio de este censurable menoscabo histórico.

C. C. S.



NOTICIA DE REVISTAS

LA ESTAFETA LITERARIA. Número 463, Madrid, 1.º Marzo 1971. Trabajos de Jorge Uscatescu, Carlos Murciano, José Navarro Latorre, Florencio Martínez Ruiz, Francisco Alemán, Angel Falquina, Luis López Anglada. Homenaje a Eduardo Carranza, con textos de Dámaso Alonso, José García Nieto y otros. Sección de «Raros y olvidados», por Federico Carlos Sainz de Robles. Cinema por L. Quesada. Teatro, por J. Emilio Aragonés, Crítica, por Eusebio García Luengo; Arte, por L. M. Lorente y Carlos Areán, etc. Se citan libros o poemas de nuestros colaboradores Fernando Bravo y Luis Alvarez Lencero, Pureza Canelo y Matilde Camús. Interesante artículo sobre el pintor extremeño Juan Barjola, por L. López Anglada, ilustrado con reproducciones de cuadros suyos.

—o—

EDUCADORES. Revista latinoamericana de Educación. Noviembre, Diciembre, 1970. La Plata, Buenos Aires, República Argentina.

Contiene una serie de trabajos relacionados con las funciones pedagógicas en Hispanoamérica, destacando un artículo de Pedro Viotto, sobre «Maritain y el personalismo pedagógico». Documentos, noticiarios, bibliografía, etc.

—o—

LA ESTAFETA LITERARIA. Número 464, Madrid, 15 de Marzo de 1971 (Director, Ramón Solís). — Sigue esta revista su marcha ascendente en calidad y presentación. Trabajos de Felipe C. Maldonado, Carmen Kurtz, Antonio del Villar, J. M. Carrascal, María Fortunata Prieto, José Navarro Latorre, José García Nieto, Antonio Pereira, Ramón Pedros-Martí, Luis López Anglada. Noticario y anuncios de Concursos Literarios. Secciones de Música, por Carlos J. Costas, Teatro,

por J. Emilio Aragonés; Cine, por Luis Quesada; Arte, por Carlos Areán y Luis María Llorente. Inserta una crítica del libro «Lugar Común», de Pureza Canelo y un paralelo de los escritores extremeños Andrés Calderón Rodríguez y Antonio Reyes Huertas, debido a Eusebio García Luengo.

—o—

ALAMO, Revista de poesía. Salamanca, Enero, Febrero, Marzo 1971. (Director, Juan Ruiz Peña). — Poemas de Eugenio Florit, Carmen Conde, Sofía Acosta, Miguel Luesma, Angel Caffarena, Antonio Bouza, Armando Rojo, Alfredo Gómez, Fernando Hortal, Wolfgang Schuber, Juan Ignacio Morales, Alfonso López, Roberto Fernández, Constantino Benito, Elizabeth Dos Santos, José Luis Jiménez Lago, Julián Chamorro, Angel García López, José Ledesma Criado. Notas críticas de J. Siles y Juan Luis Fuentes. Ilustraciones de Antonio Mayor y Agustín Casillas.

—o—

LA ESTAFETA LITERARIA. — Número 465, Madrid, 1 de Abril de 1971. — Artículo biográfico del insigne sabio don Manuel Gómez Moreno, por Pedro Laín Entralgo. Contiene la bibliografía de las obras del biografiado. Trabajos de Manuel Ríos, José García Nieto, Luis Quesada, Francisco Alemán, Arturo del Villar, Antonio Almeda, Manuel García Viñó, Julio Manegat, José Navarro Latorre y Luis López Anglada. Secciones de Arte, Música, Cinematografía, crítica literaria y premios literarios.

—o—

TELECLUB. Revista de la red nacional de Teleclubs. Núm. 39. Enero 1971, Publicación de 56 páginas dedicadas principalmente a información de Teleclubs, con mención especial de los de la provin-